

El papel integrador de la comunicación en la sociedad de nuestro tiempo

FRANCISCO GIMÉNEZ – ALEMÁN*

Europa —y, por supuesto, el mundo entero— ha sido conmovida, y no únicamente sacudida o sorprendida, por algunos acontecimientos de tanta repercusión social que van más allá del hecho inmediato y objetivo, del suceso de masas, para recabar la atención de intelectuales y sociólogos capaces de deglutir el fenómeno y articularlo dentro de los ritos y los mitos de la sociedad contemporánea. Me refiero obviamente, a dos acontecimientos paralelos e incursos en la propia circunstancia de la muerte, pero en cierto

modo extremos y, de algún modo, diferentes. Ambos convocan por sí mismos un análisis que no puede hacerse si no es con el detector de metales del radioestesista o el fonendoscopio del radiólogo. Y, por supuesto, con la reflexión del sociólogo en cultura mediática. Son ellos, la muerte por accidente de la princesa Diana de Gales, en París; y el fallecimiento, en la India, de la Madre Teresa de Calcuta, en medio de la desolación de las multitudes. En olor de popularidad en el primer caso y, en olor de santidad, en el segundo.

* Director de ABC.

Por supuesto, no indagamos aquí la trayectoria y el sentido de cada una de estas valiosas vidas, diríamos que a tope de su vitalidad explosiva y al límite de su entrega personal, respectivamente, que tienen su apartado en los términos biográficos o hagiográficos. Mas sí nos conciernen y de modo muy vivo, por tratarse de un nuevo campo de conocimiento y de la reacción fulgurante de la sociedad herida en sus sentimientos. En cierta manera, devienen en una necesidad de arbitrar nuevas codificaciones de comportamiento, reclamando del educador, del sociólogo y del comunicólogo lo que José Antonio Marina llamaría una “ética para naufragos”, para mantenerse a flote dentro de los niveles de supervivencia, de felicidad y de dignidad. Postulados de una moral integradora que, lejos de ser un museo de prohibiciones, abra el horizonte de la máxima expansión de la creatividad humana, como enriquecimiento de la vida y no como condena apriorística o escolástica.

Pues no se trata de orquestar una ética para “robots” al modo como lo propone Isaac Asimov, carente de motivaciones y de sentimientos, sino todo lo contrario. Es preciso contar con ello para establecer el mapa de lo que se ha llamado nuestro propio “Copyright”, nuestra biografía total, en la que las “nouritures” regenerativas o simplemente concurrentes, hay que buscarlas en la asunción de las mitologías y de los rituales que se suceden en el mundo que vivimos. La ética no es una meditación sobre el destino o la fatalidad, a secas.

Hoy por hoy, el orden social (y aun el más desaharrado de los devotos de la modernidad y de la posmodernidad) tiene necesidad de mitos, de emblemas que lo mantenga unido. Al igual que la intelectualidad religiosa francesa de los años cuarenta y cincuenta decía que Dios tenía “necesidad de hombres”, hoy las tornas se han vuelto en cierto modo para señalar que los

hombres tienen necesidad de esas alegorías emblemáticas en las que perviven —con más o menos intensidad— una generalidad histórica, psicológica, religiosa y real, siquiera sea envasada en la fantasía, como producto de la imaginación. Ninguna sociedad ha renunciado al factor de estabilidad del poder, de la libertad, de la ley, etc., mitos en los que descansan y resignan los valores fundamentales del hombre.

El mito, ya se comprende, es mucho más que el tópico o el lugar común. Y aunque, como en ellos, se repite constantemente, no lo hace por asociación mecánica sino por asociación de ideas, inculcando un sentido de rectitud y de inevitabilidad al individuo. Tal rito y tal ceremonia se graban en la mente sin necesidad de explicación o razonamiento. Es el poder emocional el que atrae al hombre y le transmite la sensación de verdades más amplias, imposibles de obtener de otro modo y que no tienen por qué ser experimentadas o compartidas.

Símbolos como la Monarquía, el Estado, la Ley, el Supremo Hacedor mismo, pueden no ser más que sublimaciones o abstracciones. Sin embargo, los rituales de esas instituciones o entidades aproximan, si es que no consignan, la esencia de ellas. Las cosas invisibles logran así corporeidad, ya sea en la coronación regia, la proclamación protocolaria en el parlamento o las ceremonias representativas, etc. Aunque, en términos menos enfáticos, la sociedad de masas, el vasto sentimiento popular, sacralizan a su manera esos ídolos con los que identifican sus frustraciones y sus entusiasmos. Pero resultan también, claro está, cuando su presencia es tórrida por las apelaciones insistentes de los mensajes y cuando llegan a los ciudadanos por los medios de comunicación se introduce en proporción a la importancia que éstos han adquirido. No es ya que la TV o la Radio o la Prensa se obliguen a un “tour de force” en busca de una supervivencia competitiva, con la múltiple oferta de la televisión por cable, la

multiplicidad temática de las emisiones y la globalidad informativa de los periódicos y revistas. El peligro y el gran reto de los “media” radica en la carrera de obstáculos en que se han sumido por retener las audiencias o aumentar las tiradas, obligándose, si no a adulterar sus contenidos, sí a bajar la calidad en provecho de la cantidad y, por supuesto, rodando hacia la pendiente de un desarme profesional, estético y ético, pese a todas las apariencias.

Todo fenómeno tiene su filosofía, y en este trance no han faltado estampillas para remarcarla, ya sean la llamada modernidad o posmodernidad. No siempre han resultado una “posse” o una actitud “avant la lettre”. El “pensamiento débil” de Vattimo o la “baja definición” de que hablaba Mc Luhan inciden en esa vía blanda que, aun sin plantar cara directamente a la cultura tradicional o clásica, a la robusta cultura de cinco siglos, la marginan en uso de una penosa ligereza. Es cierto que la cultura “light” bordea una acepción peyorativa, que en absoluto queremos darle, por el hecho de conceptualizar una realidad de modo más accesible y pragmática. Pero sacramentaliza, a nuestro ver, el predominio del medio sobre el contenido, al extremo que los medios de comunicación pasan de ser meros transmisores a producir la cultura —y por lo tanto, la información— por sí mismos. Algo ciertamente revisable. “No se niega el credo o el programa con los que se obtiene la respuesta millonaria (del público), sino el talante y un estilo que transpira la escenificación del personaje”, declara Ramón Massó en uno de sus libros sobre la materia.

En buena medida todo esto —incluida una cierta manipulación— es posible por la pasividad del espectador, del oyente o del lector, pero tanto y más porque los laboratorios informativos han dejado de decantar y afinar las noticias y los contenidos. Y así, han perdido fuerza, no se sabe por qué complejos o insinuaciones implícitas, los grandes conceptos

que hasta aquí gozaban de una sólida idealización, a salvo de la maleable opinión pública, no siempre consultada con garantías. Hoy ya no se habla de patria o se hace de manera vergonzante; tampoco está bien visto referirse a la tradición o nombrar a Dios, etc. Hay que adelgazar la información para que sea absorbida por la gente, si no de algún modo banalizarla.

Es un fenómeno amplio que ha tomado sitio en nuestra sociedad. Han terminado los integristos y fundamentalismos y todo pasa por el imperio de la moda, por la sobreactuación de los informadores y de las noticias, en el sentido que importa más el “modo” que el “qué” y el “cuándo” como suele ocurrir en los sondeos electorales, que como se ha comentado producen más pasión que los mismos resultados. Puede ocurrir —y no hay en ello contradicción— que estemos bien informados, aunque deficientemente comunicados. Pues la información, ya sea mediante la palabra o la imagen, exige razonamiento. Lo que no tiene por qué anular todo lo que las nuevas propuestas conllevan y que, en ocasiones, han evitado la pura y dura visceralidad en favor de una medida, de una “ligereza” que evita los apriorismos y las divisiones entre la verdad y la ficción, entre la imagen y la información, siempre que permanezca la capacidad de discernir y de tomar conciencia de las cosas.

No todo es problemático en esta cultura “light”, que vuelve un tanto la espalda al referente real, y que ha convertido la modernidad, donde todavía los “mass media” contaban como un instrumento educativo o de propaganda, en una posmodernidad que es la evasión misma. Y por ello surgen personajes de la noche a la mañana, sin consistencia ni méritos; triunfan ídolos por otras razones que las de su propia dedicación y son rápidamente aceptados por el público, frente a valores más nítidos y consistentes. Y para lograrlo, si hay que trivializar, se trivializa. Los ejemplos están ahí. El signo se ha tragado el

significado como escriben los teóricos de la comunicación. Los “reality shows” en la TV, los libros de encargo, el periodismo de investigación, responden en ocasiones a un diseño previo sin contar con la lógica interna y devenida del asunto o del hecho.

Posiblemente, en este juego de olas y contraolas, la esponja posmoderna y “light” ha limpiado también el panorama de resabios, latiguillos, gangas trasnochadas, exclusivismos esterilizadores. Si tomamos de las modas y de las nuevas corrientes lo imprescindible, con la aportación nueva y genuina, siempre añadiremos algo en vez de restar al “continuum” del mensaje. Hay que pensar que la posmodernidad ha traído un aflojamiento de ciertos corsés que entorpecían también la libre circulación de ideas, discursos y culturas, que algo tenían que decir y cuya pluralidad nos enriquece. En este sentido, la noticia, la imagen y la palabra, a la vez que se modifican en su expresión, revelan aspectos ocultos o inadvertidos. Nos obligamos a no hacer tabla rasa de una cultura que, querámoslo o no, lejos de surgir por generación espontánea, aparece como una válvula de escape, para evitar los trombos sanguíneos de la juventud o de determinados circuitos obturados que piden paso. Hay que valorar cada nueva reacción que aparece en el horizonte, incluidos sus gérmenes en ebullición ya sean estéticos, de pura “boutade” o estrictamente éticos. Toda actitud conlleva un talante, y acaso una moral que trasciende la situación que la provoca. Pero sucede que esta moral abandona su imagen barbada e inquisitorial para asumir una cualidad más deportiva, como señalaba Ortega y Gasset, que le quita rasposidad y le añade saludable ironía. Con lo que resulta más eficaz. “La moral —en el sentir del gran filósofo— no es una ‘performance’ suplementaria y lujosa que el hombre añade a su ser para obtener un premio, si no que es el mismo ser de un hombre cuando está en su propio quicio y vital eficiencia. Un hombre desmoralizado es simplemente un

hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida, y por ello no crea, ni fecunda, ni hincha su destino”.

Aceptemos una mayor “cordialidad” en las relaciones humanas y, por lo tanto, en los medios de comunicación y en la cultura de masas de nuestro tiempo. Pues si es cierto que vivimos peligrosamente sobre la cuerda floja de una ética precaria, acaso lo sea únicamente por no saber hallar las vías de acceso por las que entendamos, aquí y ahora, la angustia de la sociedad, la zozobra del hombre, que ya conocían Sócrates o Séneca. José Antonio Marina —mucho más cerca de Ortega de lo previsible, tras las posteriores sacudidas de la Revolución de Mao, el Mayo francés o la Contracultura, por ejemplo— al postular la regeneración ética, lejos de abandonar el reino de la libertad para caer en las mazmorras de la norma, piensa que la ética es lo más creador referida al modo de vivir. Estas son sus palabras: “Crear es sacudir la inercia, mantener a pulso la libertad, nadar contra corriente, cuidar el estilo, decir una palabra amable, defender un derecho, inventar un chiste, hacer un regalo, reírse de uno mismo, tomarse muy en serio las cosas serias. Todo esto es el tema de la ética, que no es una meditación sobre el destino, sino una meditación de cómo burlarse del destino, es decir, del determinismo, de la rutina, de la maldad y del tedio”.

El optimismo de Marina, que es el de Ortega en cierto modo y que se afana por limpiar el comportamiento moral de su lastre parasitario, en línea con Karl Popper, le lleva a sugerir que el hombre piense en primera persona. Los valores surgen dentro del hombre y no son algo externo como un patrón fijo al que han de ajustarse todos los actos y conductas. En la concepción popperiana, los valores surgen juntamente con los problemas, no pueden existir sin ellos y unos y otros están llamados a entenderse.

Pero bien entendido que el mundo de los valores trasciende el mundo de los hechos en bruto. Por lo tanto aunque en cada valor —consciente u objetivo— surja la “litis” o el problema, hay que oponerse radicalmente a quienes tienen miedo a la verdad y creen que “es un pecado comer del árbol del conocimiento”.

No es una de las menores bazas de nuestra sociedad el hecho de que estemos dispuestos a escuchar una crítica informada —si se quiere, hasta la saciedad, con algunos derrames escandalosos y con determinados “detritus” de un submundo que no encara su cauce de salida— y aparentemente contradictoria, pero que al menos plantea la discusión y el debate como antesala de encuentros y diálogos. En la inquietud y la curiosidad de nuestro tiempo, se demuestra que la sociedad está abierta a las reformas, a la vez que le gana el ansia de reformarse a sí misma. Y aún en ello, por encima de las contradicciones y de los tópicos que han logrado hacernos creer que habitamos en un planeta inhabitable. Cosa que es una espantosa falacia. Popper abundaba y decía: “¡Abran sus ojos y vean lo hermoso que es el mundo y reconozcamos la suerte que tenemos de estar vivos!”.

El resto es una gran anécdota, pero anécdota al fin y al cabo. Pues la hora de frivolidad que nos invade, el auge casi planetario de la cultura posmoderna, pasará en lo que tiene de fácil seducción para las mentes fascinadas sin producir, por esta vez, la hecatombe de la desaparición de Ninive o de Babilonia. Creemos que en el hombre, en el espectador de TV, en el receptor de la radio o en los lectores de la Prensa, etc., actúan determinados mecanismos de defensa y aunque ciertamente los sujetos pacientes de los “mass media” no siempre resisten las feroces apelaciones de los mensajes y pautan su vida y sus necesidades influidos por ellos, hasta distorsionar el sentido de su existencia, también es innegable que no

esterilizan totalmente la capacidad de reacción, y más bien la estimulan.

Por primera vez, la sociedad cuenta con una cantidad de información inimaginable —la aldea global ya somos todos— que establece de por sí, y precisamente por esa riqueza de contenidos, un debate permanente, a todos los niveles. Del que si no sale la luz o, lo que es igual, el código ético o moral recién planchado, al menos —aun con las inevitables caídas de nivel y las ofuscaciones consiguientes— ya no se hurtan los hilos de la trama que por mucho que se pretendan distorsionar desde las esferas ocultas e interesadas, dejan las raíces al aire. Talmente como ha ocurrido “velis nolis” con esos procesos multitudinarios de emociones y de intenciones con que el mundo ha asistido, de modo nada impávido, a los acontecimientos de los que hablabamos al principio: el accidente de Diana, la muerte de la Madre Teresa. Los medios de comunicación “han estado allí” que era lo que se les pedía. Y que se inscribe en el primer mandamiento del acto de la información. Todo lo demás —los “paparazzi”, las ceremonias rituales, el anecdotario de la cobertura gráfica, las aportaciones indebidas, etc.— entran dentro de la relatividad del oficio humano, cada día más relativo porque demuestra una complejidad hasta ahora no revelada o que se nos había escamoteado. En última instancia, la libertad del hombre y su instinto de preservación han entrado en juego. Es en lo que los “mass media” encuentran su auténtica justificación y su razón de existencia.